

PINCHE

DANIEL RAFECAS

Kat. B.

Novela  Planeta

Daniel Rafecas

Pinche

 Planeta

Aquella secuencia ya era conocida en Villa Farga.

Un camión mediano entraba por la única calle interna —apenas transitable para vehículos— y se dirigía, despaciosamente, hasta los fondos del asentamiento, que daban al terraplén del Ferrocarril San Martín.

Los comentarios en el barrio sobre la mercancía transportada en el camión terminó consolidando una única versión: barriles de doscientos litros. Muchos barriles. Qué era lo que contenían en su interior, nadie lo sabía a ciencia cierta. Lo que sí se sabía era que, dos veces al año, un transporte de mercancías entraba al barrio, iba hasta el fondo, se hacía una suerte de transacción entre dos grupos de hombres, y el camión, invariablemente, desandaba el camino hacia la calle exterior, con un conductor diferente.

Las razones que llevaban a los involucrados a elegir aquel lugar, para efectuar un intercambio de mercancía por —sin duda— dinero, eran varias. La primera, bastante obvia, tenía que ver con que la transacción era ilegal. Y tanto los compradores como los vendedores no querían que hubiera testigos, ni mucho menos bandas rivales o policías cerca.

Aquel fondo, pegado al elevado talud de tierra, en el corazón geográfico de la ciudad de Buenos Aires, les daba esa tranquilidad, que a cambio de una tarifa, garantizaba el *capo* del barrio.

Sin embargo, aquella tarde —con el sol ocultándose detrás de los edificios que daban al oeste—, iba a ser muy diferente, a punto tal que la propia historia del barrio iba a estar marcada por un antes y un después de ese día...

Los primeros en llegar fueron los clientes. De a pie, ingresaron al barrio, escoltados por dos muchachos locales. Nadie miraba ni hacía preguntas, pero aquellos cuatro extraños tenían un aspecto particular... un par lo trataban de disimular vistiendo camisetas de fútbol, del club Boca Juniors y de la selección argentina. Los vecinos del barrio no lo sabían, pero los visitantes eran mexicanos. Uno de ellos llevaba consigo un enorme bolso deportivo, cargado a tope.

Unos minutos después ingresó el camión. A paso de hombre, las luces apagadas, el motor casi inaudible. A bordo iban los proveedores. Dos en la cabina y dos más detrás, en el furgón.

Al llegar a los fondos, el conductor lo estacionó de través, de modo de poder efectuar la operación, como siempre, del lado que daba al elevado terreno ferroviario, lejos de cualquier mirada indiscreta. Del camión se bajaron los cuatro sujetos, que fueron al encuentro de los

mexicanos. Eran más jóvenes que aquellos, vestían ropas deportivas, zapatillas y gorras con viseras.

Todo parecía marchar conforme lo previsto. Hubo saludos y sonrisas, cierta efusión de compromiso que no alcanzaba para disimular la tensión en el ambiente.

Pero los acontecimientos se precipitaron cuando uno de los mexicanos, el que estaba mejor vestido, y parecía liderar el grupo, trepó al furgón para inspeccionar la mercancía. Detrás de él subió también uno de los vendedores, que con una mano se corrió la visera de su gorra hacia atrás, y con la otra, inadvertidamente, empuñó el revólver que tenía escondido en la parte trasera de su pantalón.

En un mismo instante, se sintieron detonaciones de armas de fuego, tanto arriba, como al costado del camión.

Los mexicanos habían caído en una trampa. Los barriles estaban vacíos, no había pseudoefedrina que vender. La banda local había tejido aquella celada con el fin de apoderarse del cuantioso dinero en efectivo que los mexicanos llevaban para la transacción.

La *rueda*, en efecto, se había detenido. Y en forma traumática.

Sin embargo, la ejecución de los cuatro sujetos emboscados no se dio como los asesinos esperaban.

En medio de la balacera, dos de las víctimas, que oficialmente de guardaespaldas, resistieron con sus armas los tiros a quemarropa recibidos, y a su vez acertaron —también con disparos a corta distancia de armas de grueso cali-

bre— en tres de los cuatro atacantes, que quedaron allí, muertos, en diferentes posiciones.

Unos instantes después, cuando el cuarto y último de los vendedores devenidos en homicidas bajó del camión, solo quedaba con vida, herido, uno de los dos custodios mexicanos, el que vestía una camiseta de la selección argentina. Este, parapetado desde el piso, le encajó al otro, ni bien saltó del furgón, dos impactos de bala, que lo tumbaron hacia atrás, sin vida. Así, los cuatro maleantes locales pagaron con sus vidas la osadía de intentar robar el dinero propiedad del cártel.

Al infernal tiroteo, que se extendió por apenas un par de minutos, pero que parecieron interminables, le siguió un profundo silencio. Nada parecía moverse en Villa Farga. Solo algunos perros ladraban en la lejanía.

Nadie vio lo que sucedió. Los jóvenes del barrio que introdujeron a los mexicanos se esfumaron ni bien cumplieron con su misión de acompañarlos hasta el lugar del encuentro. El capo del barrio había bajado la orden de que nadie anduviera husmeando en lo que no le incumbía, y desde luego, con la primera detonación en los fondos, postigos y ventanas se cerraron inmediatamente.

El único de los emboscados que había sobrevivido a la trampa, herido en una pierna, tomó el bolso que había traído, se lo calzó detrás del hombro, y comenzó a caminar, jadeante, hacia la salida del barrio. Maldecía

PINCHE

en voz baja. *Chingada, pendejos, cabrones*, repetía. Tras un momento de titubeo, dio media vuelta, volvió sobre sus pasos, recogió su arma del suelo, y decidió encarar la subida del terraplén para huir de la villa por los fondos, una iniciativa que, dado su estado, le requirió un esfuerzo sobrehumano.

Caía la noche en Buenos Aires.

El último de los mexicanos logró a duras penas abandonar aquel escenario de muerte y desolación.